



SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
N.º corriente, 15 céntimos; N.º atrasado, 25
A los correspondientes, mano de 25 ejemplares, 2,50
pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 20 de Febrero de 1895

Se admiten suscripciones en toda España abonando
anteladamente 24 ejemplares, por 5 pesetas.—La co-
rrespondencia, reclamaciones y pedidos al administrador
D. GUILLERMO OSLER, Espíritu Santo, 18, Madrid.



—Padre mio, mátame; estoy deshonrada

EL TESON DE UN PADRE

POR

Emilio de la Cerda

I

En una de las ciudades más importantes de Andalucía, cuyo verdadero nombre no viene al caso, pero que por darle alguno designaremos con el de Benaiza, vivía hace pocos años una familia compuesta a la sazón del matrimonio y de una hija, si bien contaban con otro miembro que como separado del mundo por votos religiosos, casi no podemos considerar formando parte de ella, por pertenecer más al cielo que á la tierra; este miembro segregado, era otra hija, la mayor, que hacía un año había tomado el velo en un convento de monjas Capuchinas.

D. Fernando de Oscáriz, jefe de esta casa, era un honradísimo empleado, hombre ya entrado en años y de carácter nada brusco, pero tan entero y firme, que nada pudo doblegarlo en su vida así particular como de funcionario público.

Hombre recto en el desempeño de sus funciones, había despreciado veinte veces la fortuna que sonriente se le presentara personalizada en la figura de varios de esos corruptores con que á cada paso tropieza el servidor del Estado, en cuya mano está proteger los intereses personales de ciertos especuladores, haciendo el negocio de éstos al par que el propio, cosa vulgarísima y tan admitida hoy día de la fecha, que casi puede considerarse como *rara avis in terra* aquel cuya probidad permanece incólume ante los repetidos golpes de un ariete formado por un cartucho relleno de monedas de á cinco duros.

La inflexibilidad de D. Fernando se manifestaba en todos los actos de su vida en que había de poner en la balanza de la conciencia los principios de la justicia y los de la parcialidad, lo moral y lo inmoral, lo bueno y lo malo; y esta inflexibilidad de carácter habíase también manifestado en los procedimientos empleados en la educación de sus hijas, á las que idolatraba con toda su alma, pero ante cuyos caprichos no había cedido jamás, cual si presintiera que un día habría de hacer uso de esta entereza para demostrar al mundo que le rodeaba, que, nuevo Scévola, sabría sacrificarse antes de ceder á sugestión alguna que en pugna estuviese con sus principios de rectitud.

Doña Mercedes, su esposa, era una santa mujer, en quien dominaba á toda otra pasión la que por sus hijas sentía, siendo para ellas lo que tantas otras madres, quienes, á trueque de no molestarlas, llegan á ser la inocente causa de grandes extravíos y de dolorosos sucesos.

Virtudes, la hija menor, que con ellos vivía, estaba dotada de un carácter muy parecido al de su padre, no en el buen sentido de éste, sino en lo que de tenaz tenía, habiendo influido, por ende, muy poco en su educación la severa actitud que viera siempre adoptar al autor de sus días, así en sus caprichos de niña, como en los que más adelante manifestaba tener muy á menudo. Antes bien, toda contrariedad la irritaba hasta el punto de hacerla aborrecer en el fondo de su alma á la persona que se le oponía, y si no aborreció á su padre, fué porque aún se hallaba dominada por el temor que le inspiraban las penas de la otra vida, único freno para ciertas almas, y en el que no entran los principios absolutos de la moral. Educada por su madre en el misticismo, tan distinto de lo que debe ser una buena educación religiosa, no practicaba el bien por amor al bien mismo, sino con la esperanza del premio y por temor al castigo. Base tan insegura

había necesariamente de ceder, cuando el viento de las pasiones viniera á combatir el débil castillo sobre ella edificado.

Y este caso llegó cuando contaba diez y siete años, y en la ocasión que vamos á ver en el trascurso de esta tan breve como verídica historia.

Hacía cuatro años que se había presentado en Benaiza un joven de hermosa presencia, simpático, rico como un Crespo y que, enfermo del pecho á consecuencia de graves excesos en su primera juventud, venía á buscar un alivio á sus dolencias bajo el sereno cielo y en el dulce clima de aquella comarca andaluza, habiéndolo en efecto encontrado á los pocos meses de su residencia en la ciudad, llegando á robustecerse y á desechar sus antiguas dolencias.

Fué el caso, que el que entró en Benaiza sostenido por un criado, y esperando de un momento á otro la muerte, vióse á los seis meses en disposición de asistir á las monterías que frecuentemente improvisaban los jóvenes benaizanos, así como de concurrir á los bailes que por turno tenían lugar todos los jueves en las casas de las familias más acomodadas de la población.

En uno de éstos conoció á Ana, la hija mayor de D. Fernando.

Era ésta una joven de veinte años, esbelta, de ojos azules y cabellos dorados, de mirada cariñosa y modesta, de afabilísimo trato y de un carácter tan sencillo y tierno como suspicaz é irascible era el de su hermana Virtudes.

A las tres veces que Jacinto (tal era el nombre del ex-tísico) y Ana se vieron y se hablaron, establecióse entre ellos tal simpatía, que pronto se convirtió en pasión, y antes de llegar la cuarta semana, Jacinto y Ana eran novios, y ya no hubo que pensar en que ella bailase con nadie más que con Jacinto, ni en que Jacinto tuviese ojos para otra mujer que para Ana, á despecho de muchas que hubieran querido atrapar al joven para marido.

Una, especialmente, sufrió de un modo cruel con estas relaciones: ésta era Virtudes, que se había apasionado ciegamente de Jacinto, por más que nunca ni á sus ojos asomó un destello de aquella llama que la devoraba, ni sus labios pronunciaron una palabra que revelase su secreta pasión.

Disimulada y pèrvida, vió á su hermana convertida en objeto de las atenciones de Jacinto, fingiendo alegrarse cuando ésta le participaba los progresos que en ella y en el joven hacía el cariño. Y cuando Ana le confió la declaración que en el paseo le hiciera Jacinto, aunque se sentía morir de rabia y de celos, pudo aún besarla en las mejillas dándole el parabien por aquella ventura que para si hubiera deseado.

Desde aquel día juró la perdición de su hermana, y no economizó medios para conseguirla.

Jacinto se hizo presentar en casa de D. Fernando, en la que fué muy bien admitido, si bien el celoso padre, que estimaba su honra tanto como su vida, al ver que por vez primera pisaba un hombre su casa con objeto de requerir de amores á una de sus hijas, se creyó en la obligación de amonestar á su cándida mitad, excitando su vigilancia en términos tan enérgicos, que desde aquel día D.^a Mercedes se cosió á propósito á su hija temiendo algún fracaso si se alejaba, aunque fuese momentáneamente, de la habitación donde los novios se veían.

Mas doña Mercedes padecía lo que vulgarmente se conoce con el nombre de *mal de sueño*, y como nada hay tan monótono en el mundo como la presencia de dos novios que en un rincón cuchichean, doña Mercedes se dormía con frecuencia, despertando á cada



momento sobresaltada al menor ruido que en torno de ella se producía; y de aquí, que la buena señora, acostumbrada á pasar la noche desde oraciones hasta las diez, en que se acostaba, sumida en una seráfica somnolencia, siempre respetada, dió en padecer de jaqueca hasta el punto de verse interrumpidas muy á menudo las amantes visitas de Jacinto, por estos achaques de la futura suegra.

Ana se lamentaba con Virtudes de tales interrupciones que la privaban en absoluto de ver á Jacinto, porque, obediente á las órdenes de su padre, por nada en el mundo hubiera bajado á la reja, donde con insistencia la citaba su novio.

El genio del mal, sin embargo, personalizado en Virtudes, y á cuyo nombre no hacían honor sus instintos, subsanó los obstáculos que se oponían á los deseos de su hermana, sin faltar á las prescripciones de su padre, y salvando al parecer la responsabilidad materna.

Ofrecióse, pues, á componer el negocio, y un día de esos en que doña Mercedes se hallaba atacada de fuerte jaqueca, aproximóse á su lecho, y con dulce acento la habló de esta manera:

—Querida mamá, ¿se siente Vd. muy mal esta noche?

—Si hija mía, tengo tal dolor de cabeza, que parece van á saltárseme los ojos.

—De suerte que hoy no podrá Jacinto...

—Ya ves, estoy como loca, y si me levanto...

—El no está muy contento, que digamos, viéndose privado de ver á Ana... y sería una lástima que al fin...

—¿Se aburriese? Pues mira, si esta dolencia mía, tan frecuente, ha de ser causa de un rompimiento, y de que tu hermana pierda ese partido, voy á levantar me, ¿qué le hemos de hacer? voy á levantarme y...

—Pero qué necesidad tiene Vd. de molestarse estando yo buena y pudiendo reemplazarla con ventaja? Porque yo no me duermo, y mientras leo, ó hago crochet, puedo acompañar á mi hermana.

—Sí; pero y si tu padre vuelve temprano del casino y ve que estoy acostada y Jacinto dentro de la casa? Vamos, no quiero pensar cómo se pondría.

—No tenga Vd. cuidado; si viene, yo saldré á recibirle y le conduciré á su cuarto de Vd. mientras Jacinto escapa por el corredor de la derecha.

—Pero esta escapatoria no creo ha de hacerle muy buen efecto; parece que somos gentes de trapisonda, acostumbradas á engañar á tu padre, y yo no quiero que piense nada que nos sea desfavorable.

—Pierda Vd. cuidado, mamá; yo sabré hablarle presentándole la cuestión de modo que le halague, sin que dé lugar á malas interpretaciones de su parte.

Creo que esto es mejor que exponer á Ana, á que Jacinto se aburra, perdiendo tal vez la ocasión, que aquí difícilmente se presenta, de colocarse tan ventajosamente.

—Haz lo que quieras, hija; pero ten en cuenta que si tu padre se entera, es capaz de prohibir la entrada á Jacinto en horas en que él no esté, y ya ves, tendría el pobre que privarse de ir á su casino, donde halla un esparcimiento tan necesario á su salud después de lo mucho que trabaja.

—No tenga Vd. miedo, mamá, que yo todo lo arreglaré de modo que nadie sufra.

Y dando un beso á su madre, fué á advertir á su hermana que Jacinto podía entrar, y que ella iba á ser su guardiana los días en que su madre no pudiese abandonar el lecho, que era un día sí, otro no... y el de enmedio.

A la hora en que se presentó Jacinto, salió Virtu-

des á recibirle sola, y conduciéndole al gabinete donde solían reunirse por la noche, hizole sentar á su lado diciéndole:

—Oiga Vd. caballero; sé que cuando mi madre está mala y no puede Vd. ver á su Anita, se pone fosco y mal humorado, y que ya dos veces ha amenazado usted á mi hermana con no volver. ¿Es esto verdad?

—Confieso, querida Virtudes, que algunas veces me impaciento cuando vengo en alas de la esperanza á ver á Ana y se me da con la puerta en las narices; ya le he propuesto que baje á la reja del despacho de su padre de Vd. y se ha negado, alegando una orden terminante de D. Fernando. Yo amo mucho á Ana; pero, francamente, niño mal criado, y habituado á hacer mi gusto, me contraría en extremo esto de venir, llamar, creer que van á recibirme, y oír á Ana que me dice desde el balcón del patio: «No subas, esta noche no puede ser: mamá está con la jaqueca.»

—Y á fuerza de oír esto, Vd. ha llegado hasta pensar en no volver.

—No, precisamente... pero...

—Pues bien, caballero D. Jacinto, desde hoy podrá Vd. entrar todas las noches, pero con una condición.

—La que Vd. quiera.

—Que si viene mi padre antes de que Vd. se haya marchado, se escurrirá muy bonitamente por esta puerta que da al corredor, y se saldrá á la calle inmediatamente.

—¿Nada más que eso? Pues acepto la condición con el mayor reconocimiento.

—Esto á mamá no le gusta, porque no quiere hacer nada que papá no sepa; pero yo soy la que he tomado sobre mí la responsabilidad, y Vd. créalo que yo sufra por su culpa.

—De ningún modo, y Vd. verá si soy dócil.

Entonces Virtudes llamó á Ana, y aquella noche y muchas otras fué guardiana de la amorosa pareja.

II

Seis meses llevaban de relaciones Jacinto y Ana.

Doña Mercedes seguía casi todos los días entregada al sueño, mientras Virtudes la reemplazaba en sus funciones de centinela de vista.

Pero desengañémonos; la vigilancia de una madre no puede sustituirse por ninguna otra, ni aun por la de una hermana. Virtudes hizo facción durante quince días, ni más ni menos que si hubiera sido madre de su hermana. Después salió por dos minutos, ya al comedor, ya á su cuarto. Luego permaneció ausente cinco; más tarde un cuarto de hora; llegó á tardar media hora en volver, y al mes, la misma Ana tuvo que advertirla del mal que hacía no pareciendo casi por el gabinete.

—¿Te va á comer?

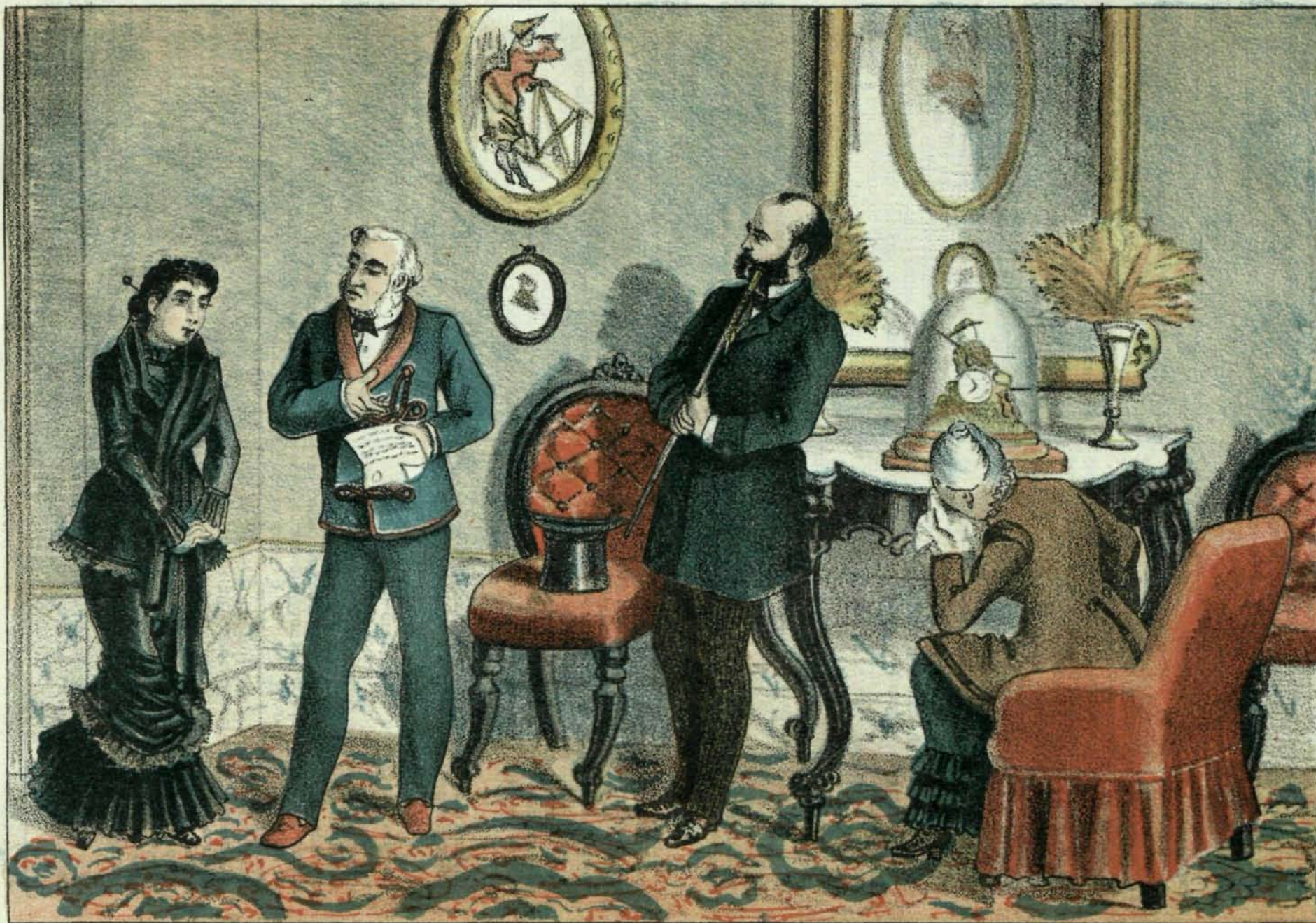
Esto fué lo que contestó á su hermana con desabrido tono; y Ana, temiendo renunciase á la obligación que se había impuesto, no volvió á quejarse.

Noches hubo en que los amantes estuvieron solos durante las tres horas que Jacinto solía dedicar á su novia.

¡Amantes, jóvenes y solos! El abismo abierto ante los pies. El abismo que atrae y engulle á la víctima. Hé aquí lo que significaba aquella soledad.

Los moralistas, con cuyos principios estamos de acuerdo, dirán que Ana debió huir el peligro dando aviso á su madre de lo que pasaba, suplicando á su novio que no volviera mientras aquella no estuviese presente. Sí, es cierto, este es el heroísmo de la pasión; pero ¿qué queréis, señores moralistas, Ana no era una heroína, y como no hemos inventado el tipo,

EL TESÓN DE UN PADRE



—¿Has firmado tú esto?

no podemos condecorarla con este título. Ana amaba frenéticamente á Jacinto; Jacinto no era un santo, como tendréis lugar de ver, y Ana sucumbió en la soledad á que la pérfida hermana la había atraído.

Cuando Ana conoció que había empezado para ella una era de desventuras, fué cuando sintiéndose madre, muerta de miedo, anegada en lágrimas, temiendo que las paredes de su casa conocieran el feroz secreto, se lo reveló á su seductor al oído, tan quedo, que él al principio no lo oyó; pero cuando hubo oído, cuando tuvo la certeza de que su víctima se convertía en un acreedor que le reclamaba una deuda sagrada, una palidez mortal cubrió su rostro, una nube glacial se extendió sobre su frente, y de aquel amante apasionado que jurara amor eterno á la pobre mujer que á él se abandonaba, sólo quedó un seductor vulgar, horrorizado no de su delito, sino de sus consecuencias, y su primer movimiento fué de repulsión; mas la pobre Ana, para quien no pasaba desapercibido el efecto que su revelación había producido en su amante, empezó á palidecer horriblemente, su cuerpo vacilante se desplomaba, y Jacinto tuvo que sostenerla en sus brazos, casi exánime.

—Vamos, la decía, no tiembles, mujer, no es la primera á quien le suceden estas cosas. Ya veremos de reparar el mal causado; yo te quiero y no te abandonaré, *si es preciso*.

«¡Si es preciso!» es decir, si tu falta sale efectivamente á tu cara acusándome de ser el ladrón de tu honra.

—No tengas cuidado, añadió—soy rico y *tu hijo* no carecerá de nada.

¡Para la madre la deshonra, la infamia; para el hijo la protección, la limosna del padre!

—Me has jurado hacerme tu mujer, díjole muy bajo Ana, ¿lo cumplirás?

—Haré todo cuanto pueda para que no sufras las consecuencias de este extravío, contestó Jacinto.

Entonces Ana sombría y grave, sin lágrimas ya en sus hermosos ojos de color de cielo, le miró de alto á bajo, le saludó y salió de la habitación mostrándole antes la puerta de la calle.

Al día siguiente Ana bajaba al despacho de su padre donde éste escribía; cerró la puerta con doble llave, fué derecha á una panoplia de armas antiguas que había enfrente del sillón de D. Fernando, que la miraba hacer sin explicarse aquella muda pantomima. Tomó un agudo y atagán árabe con puño de ébano incrustado en marfil y plata, y poniéndolo ante su padre, exclamó con la serenidad más admirable presentándole el pecho medio desnudo:

—Padre mío, mátame, estoy deshonrada.

D. Fernando dió un salto como el tigre que recibe un balazo en el pecho, y levantó la mano sobre su hija, que permaneció impávida y fría como una estatua de hielo.

Sin embargo, aquella mano que se había levantado para caer sobre la mejilla de una hija culpable, se detuvo en el aire, bajó poco á poco hasta tropezar con el mango del puñal; y mientras se asía á él como la tenaza al hierro enrojecido, la otra mano oprimía la garganta de Ana, y la enronquecida voz de aquel padre herido, vibró como la cuerda del arco en tensión cuando despide la flecha.

—¿Quién ha sido la causa de tu deshonra? exclamó.

—¡Yo! contestó ella sin pestañear.

—El seductor, el seductor ¿cómo se llama?

—Yo me he entregado, nadie me ha seducido.

—Responde, infame, responde ó no seré dueño de mí un minuto más.

—Ya te he dicho que me mates.

—Jacinto ¿no es verdad? murmuró D. Fernando cuyos ojos iban inyectándose en sangre.

—Sí, él; pero yo soy la sola culpable.

—Te prometió hacerte su esposa ¿no es verdad?

—Sí.

—Y ahora se niega á cumplirte su promesa ¿es verdad?

—Nada niega, ni nada concede; yo no quiero nada de él á la fuerza. Si no cumple su palabra, mátame, porque yo no quiero que le hagas responsable de un delito que pude evitar.

D. Fernando cayó desplomado en el sillón, sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Al cabo de cinco minutos de silencio alzó la frente más ceñuda, más terrible que nunca.

—Y tu madre, ¿qué hacía entretanto? dijo á media voz y con ronco acento.

—No mezcles en esto á mi madre; yo he burlado su vigilancia; ella no tiene la culpa. Ella nada sabe.

—¡Ah! desdichado de él si no te cumple su palabra. Ahora, calla, no reveles á nadie este secreto.

—¿Qué pretendes hacer?

—Calla, te digo, ó no es en el tuyo, sino en mi pecho donde clavo este puñal.

Ana se estremeció de pies á cabeza. La que había tenido valor para arrostrar la muerte, se horrorizaba ante la idea de provocar la de su padre.

D. Fernando arregló sus papeles, empujó suavemente á su hija fuera del despacho, y ya solo, tomó un revolver que colgó de su cintura, se puso el sombrero y salió de la casa.

Nadie en su semblante hubiera podido adivinar el infierno que ocultaba en su pecho. Tomó la dirección de la fonda donde se hospedaba Jacinto, y llegado que hubo á ella, preguntó por él á un camarero.

—Ha marchado, le contestó éste, en el tren de esta mañana.

D. Fernando rugió sordamente.

—Y dónde ha ido? preguntó afectando indiferencia.

—No sabemos: se ha llevado su equipaje, y sólo dijo al pagar la cuenta: «hasta la vuelta.»

D. Fernando abandonó la fonda.

Cuando llegó á su casa, sintióse mal, se metió en cama, ordenando que sólo entrase en el cuarto su hija Ana, si caía enfermo de gravedad, y en efecto, desde aquella noche presentáronse los síntomas de un ataque cerebral, que le tuvo ocho días á las puertas de la muerte.

III

Eran las seis de la tarde de un día lluvioso de Diciembre.

Alrededor de una modesta mesa de comedor, hallábanse reunidos D. Fernando de Oscáriz, su esposa doña Mercedes y su hija Virtudes.

Ya hemos dicho al principio cuando presentamos esta familia al lector, que hacia un año Ana había tomado el velo en un convento de monjas capuchinas.

¿Qué cambio habían sufrido aquellas tres personas que volvemos á encontrar reunidas!

D. Fernando había encanecido completamente y su trato, ordinariamente afable, habíase agriado hasta el punto de hacerse casi insoportable. Doña Mercedes ya no dormía á todas horas, porque las penas producen el insomnio, y doña Mercedes empleaba en llorar las horas que antes empleaba en dormir. Virtudes, que ya tenía veintiun años, se había desarrollado, convirtiéndose en una hermosísima mujer. Ella sola respiraba tranquilidad y cierta satisfacción interior, revelada por la sonrisa que plegaba continuamente sus sus encendidos y mórbidos labios.

La comida había sido silenciosa y triste como todas las que la precedieron durante los últimos tres años.

Aún no se habían servido los postres, cuando se oyó rodar un carruaje por aquella calle, donde jamás entraba vehículo alguno, y poco después paró ante la puerta de la casa.

Un campanillazo estrepitoso hizo saltar de su asiento á D. Fernando, al que el menor ruido producía una impresión desagradable: tal era el estado delicadísimo de sus nervios. Doña Mercedes reveló en su semblante la extrañeza que le causaba aquella novedad, y en cuanto á Virtudes, perdió el color, bajó los ojos, y murmuró para sí:

—«Al fin.»

La criada que había salido á abrir, volvió al comedor.

—¿Quién es? preguntó D. Fernando.

—El señor juez de primera instancia, contestó la doméstica.

—¡El juez! Si no me visita, ni tengo nada que ver yo con su ministerio... A ver, hazle entrar en la sala, y dile que voy en seguida.

—¿Qué podrá ser ello? se preguntaba D. Fernando mientras componía algo su descuidado traje.

Poco después se saludaban el juez y el dueño de la casa y tomaban asiento muy cerca uno de otro.

IV

Dejemos aquí interrumpida esta interesante escena que tendremos lugar de ver reanudada, y hagamos la historia de algunos sucesos absolutamente ignorados para todos, excepto para tres personas.

Restablecido D. Fernando de la grave enfermedad que le puso al borde del sepulcro, dedicóse con ahinco á indagar el paradero de Jacinto, pudiendo á fuerza de constancia y de trabajo averiguar que se hallaba en París.

Escribióle una sentida carta, en la que le pedía una reparación justísima á su mancillada honra, carta á la cual contestó aquél eludiendo todo compromiso, toda vez, decía, que no podía satisfacer á quien no era la primera vez que cedía á ciertos arrebatos, no hallándose dispuesto á reparar faltas que otros antes habían cometido. Que si él se dejó arrastrar hasta el precipicio donde había caído, era porque alguien, que le merecía entero crédito, le había asegurado que su hija no era tan inocente como él la creyó al entrar en relaciones con ella, y que de otra suerte la hubiera respetado como á su propia hermana.

Otras cartas mediaron, en las cuales D. Fernando le excitaba á la presentación de las pruebas de sus aseveraciones, ó por lo menos á que le digese quién le había dado tan villanos informes.

Todo fué inútil. Jacinto volvió á contestar; pero fué para dar á entender á D. Fernando, empezaba á sospechar que su empeño era unirle á su hija aprovechando aquella coyuntura, sólo llevado por una ambición bastarda, y no porque le importase la honra de la que ni antes ni ahora había sabido guardar.

D. Fernando devoró aquel insulto, y desesperanzado de conseguir lo que anhelaba, mandó á su hija con una hermana suya residente en Santander, para que en la ciudad no se trasluciese lo ocurrido, ocultándolo hasta á su propia mujer é hija.

Virtudes nada, sin embargo, ignoraba de lo que sucedía.

Veamos ahora esta alma en toda su horrible desnudez.

Aquella niña, en quien se avenían mal la poca edad y la precoz perversión, era la que en secretas

entrevistas tenidas con Jacinto á media noche por la reja, en la época en que era novio de su hermana, le había dado á entender la supuesta culpabilidad de Ana, al propio tiempo que para sí ganaba aquel corazón que nunca debió ser suyo.

Así preparó aquella infame criatura la caída de la pobre Ana, y el abandono de Jacinto, que al saber que aquella infortunada era madre, huyó en evitación de un escándalo, más que por miedo al honrado padre, de cuya hospitalidad había abusado tan miserablemente.

Pasado el tiempo en que había de tener su natural solución el estado de Ana, aunque libre de la inocente prueba de su deshonor, pues el niño que dió á luz murió á las pocas horas de nacido, regresó á Benaiza sin que nadie se apercibiese de lo acontecido, y entonces fué cuando, llena de amargura al conocer las que creía infames suposiciones de Jacinto, rogó á su padre le concediese la gracia de ingresar como novicia en un convento, de donde era superiora una parienta de su madre. D. Fernando no quiso contrariar el deseo de su hija, y hasta sintió cierto egoísta placer al considerar que los muros del claustro iban en breve á sepultar en su recinto un secreto que le torturaba el alma, y que temía á cada instante ver descubierto haciéndole sonrojar, á él que jamás había tenido por qué bajar la frente ante nadie.

Cuando espiró el año de noviciado. Ana profesó sin sentimiento alguno, sin deseos de volver á aquel mundo en cuyos umbrales había recibido el primer bautismo de lágrimas, y del que salía con la desesperación en el alma.

Entretanto, Virtudes seguía una correspondencia activa con Jacinto, que se hallaba en Madrid esperando la solución de aquel drama para volver á Benaiza después de que todo hubiese terminado. Llevábale á este punto en primer lugar su salud, que había vuelto á resentirse, y después su inclinación á Virtudes, de quien tal vez esperaba triunfar como de Ana.

Cuando recibió aviso por ésta de que todo estaba consumado, presentóse en Benaiza, donde no dejó de ser objeto de las conversaciones de ellas y de ellos, especialmente de las primeras, que aunque ignorantes de las principales peripecias de estos amores, no dejaban de comentar su repentina marcha, su olvido de Ana, causa aparente de la resolución tomada por ésta, y de la que se alegraban en su fuero interno más de cuatro mamás y más de veinte niñas casaderas, que creían poder ocupar en el corazón del joven inconsciente el lugar que había dejado vacío Ana.

Al tener conocimiento D. Fernando de que Jacinto había regresado, sintió abrirse la mal cicatrizada herida y momentos hubo en que casi resuelto á tener con él un encuentro, se fué á buscarle á los sitios donde solía concurrir; pero reflexionaba luego que un paso escandaloso pondría al mundo en antecedentes de lo ocurrido, que después de todo ya no tenía remedio, y entonces huía de él, seguro de no poderse contener si la casualidad le ponía en su presencia.

Virtudes y Jacinto se veían con frecuencia en casa de una amiga de doña Mercedes, llamada doña Constanza, que se prestó á servir estas relaciones, merced á los generosos obsequios que continuamente recibía de Jacinto.

Virtudes, más cauta y más taimada que su hermana, alimentaba la pasión del joven con promesas que jamás realizaba, y que llegaron á crear en él un verdadero frenesí.

Comprada la venal señora, hubiera sido capaz de entregar á Jacinto la joven que la confiaba doña Mercedes, sin reserva, no sospechando en ella tan infame

degradación; pero Virtudes estaba sobre aviso, y no obstante su idolatría por Jacinto, no se dejaba dominar por su pasión hasta el punto de sacrificarle lo más mínimo de su pudor y de su honra.

—Si tanto me amas—solía decirle—cásate conmigo.

—Tu padre no consentirá nunca en nuestra unión contestaba Jacinto, y te perderé para siempre.

—Hay tribunales que me amparen, replicaba ella. Y tanto luchó Virtudes y tan vencido se vio Jacinto, que al cabo hubo de adoptar el medio propuesto por su amada, y que dió origen á la escena que dejamos interrumpida, y que vamos á ver reanudada.

V

—¿Es al amigo, ó al representante de la ley al que tengo la honra de recibir en mi casa?—dijo D. Fernando al juez así que tomó asiento á su lado.

—Al uno y al otro, señor D. Fernando—contestó el magistrado con expresión de afecto.

—Usted me explicará...

—Pues bien, ógame Vd. sin impaciencia, y prepárese á recibir una noticia desagradable que el amigo quisiera ahorrar á Vd., pero que no puede callarle el magistrado.

—Me pone Vd. en cuidado extremo, señor juez. ¿Qué sucede? se ha descubierto algún desfalco en la Tesorería? ¿Tiene Vd. noticia de que algunos de mis empleados ha cometido algún delito? Vd. sabe que ellos son como mis hijos, y sentiría...

—No es nada de esto: lo que vengo á comunicar á Vd. en nada afecta al servicio del Estado, ni alcanza á su dependencia; es una cuestión puramente personal, y en la que Vd. únicamente, en unión de su esposa, se hallan interesados. Verdaderamente estos lances son siempre desagradables para el representante de la ley, que no puede ser insensible á los dolores de un padre cariñoso; pero ¿á qué no decirlo de una vez? Su hija de Vd...

—¿Mi Ana? ¿qué le sucede? ¿está enferma? Hable Vd. pronto, señor juez; hable Vd. pronto.

—Tranquílcese Vd. Yo no he visto á Anita desde que tomó el velo, ni de ella se trata ahora.

—Pues entonces...

—La señorita Virtudes...

—¿Qué!

—Me ha presentado una demanda de depósito, y en cumplimiento de mi deber, vengo á buscarla para acompañarla hasta la casa que ha señalado como asilo provisional hasta que se cumplan los trámites...

—Pero hombre de Dios, ¿qué está Vd. diciendo! Si mi hija ni tiene novio, ni yo me he opuesto á que lo tenga, ni... ¡Mercedes! ¡Mercedes! añadió llamando á su esposa, que esperaba en un gabinete contiguo el resultado de aquella extraña visita: ven, mujer, y entérate de esto.

Doña Mercedes entró en la sala, y después de saludar al Juez con una inclinación de cabeza, se dirigió á su marido interrogándole con la vista.

—Dime, exclamó D. Fernando, ¿tenías tú noticia de que Virtudes sostuviese algunas relaciones, ni aunque así fuese, la hemos dado motivo para que pida el depósito?

—Es lo primero que oigo, señor Juez, y Vd. debe de haberse equivocado.

—Tal vez; vea Vd. si es éste su nombre, si es ésta su firma, y saldremos de la duda.

D. Fernando recorrió con ávidos ojos aquel documento, y á medida que lo leía, una palidez mortal invadía su semblante; sus ojos rodaban dentro de las órbitas abiertas desmesuradamente; su cabello blanco

se erizada sobre su frente, y el temblor nervioso que comunicaba al papel que sostenía entre sus crispados dedos daba á entender que aquel infeliz padre acababa de recibir en el corazón la más aguda puñalada que una hija puede asestar al autor de su existencia.

—Pero ¿qué dice ese maldito papel? gritó doña Mercedes viendo el estado horrible de su marido.

—Dice, dice—exclamó D. Fernando arrojando al suelo el documento, que ó no hay Dios, ó es preciso que toda su cólera estalle sobre la cabeza de esa infame.

—Pero... balbuceó doña Mercedes, ¿qué pasa?

—Pasa, que tu hija, si aún así quieres llamarla, pide el depósito en unión del se... ¡maldición sobre mi lengua! en unión del traidor que nos ha arrebatado á nuestra pobre Ana!

—¿Quién? ¡Jacinto!

—¡No le nombres! gritó con voz formidable don Fernando. No nombres en el augusto templo de la honradez, á aquel que un día... ¿pero que digo? No, esto no puede ser, esto es una broma pesada de ese infame; esta letra, esta firma no son de mi hija; sí, van ustedes á verlo; ¡si no es posible, si no es posible!...

Y abalanzándose á la puerta, gritó con voz extenuada que resonó en toda la casa:

—¡Virtudes! ¡Virtudes!

Y Virtudes, vestida de negro como para asistir á una fúnebre ceremonia, apareció en el dintel de la puerta, pálida, pero serena; sin arrogancia, pero con resuelto continente.

D. Fernando tomando el papel de manos de su esposa, que lo había alzado del suelo, se adelantó comprimiéndose el corazón y poniéndole ante los ojos el documento.

—¿Has firmado tú esto? la preguntó.

—Sí, papá.

—¿Qué tú has firmado esto? repitió D. Fernando.

—He dicho que sí.

El desgraciado padre cayó de espaldas sobre una butaca cuyos muelles se hicieron pedazos bajo el peso de su cuerpo.

—Vamos, señores, serenidad, dijo el Juez; puede que aún esta niña desista de dar este paso tan grave. Acaso el temor de que ustedes se opusieran... ¿Es verdad, Virtuditas?

—Sí señor.

—¿Lo ven ustedes? Todo puede aún arreglarse.

—Jamás, jamás.

—Pero Sr. D. Fernando, á lo hecho no hay remedio. Que Anita amó á ese caballero; que él la olvidó. y que ahora se ha enamorado de su hermana, no es agradable el caso, seguramente; pero de estas sustituciones se ven todos los días. Si Anita, en un acceso de desesperación, buscó consuelo en la vida del claustro, por lamentable que sea, no es motivo que impida el que su hermana obtenga una felicidad que Dios no la destinaba á ella.

D. Fernando se levantó grave y rígido como un espectro, y encarándose con el magistrado, díjole con afecuada serenidad:

—Señor juez, Vd. que está acostumbrado á juzgar criminales, ¿cómo juzgaría al hombre que, admitido en una casa honrada, seduce á una mujer, y que al saber que es madre, huye como un asesino, y cuando el padre le exige la reparación de su honra ultrajada, añade á su crimen el de la calumnia, eludiendo el cumplimiento de su deber bajo el pretexto de que no es responsable de faltas que no ha cometido él primero?

—¡Jesús! ¿qué dice este hombre? exclamó doña Mercedes.

—Conteste usted, señor Juez.

—Pues bien, ese hombre merece el presidio.

—¿Y quiere Vd. que yo dé mi hija á un presidiario? Jamás, jamás.

—Tiene Vd. razón.

—Y tú, infame, ¿cuándo has hablado con ese hombre? ¿desde cuándo data tu nefanda pasión por el asesino de tu hermana y de su hijo? Porque tú sabrás que Ana tuvo un hijo que nació casi muerto, porque su madre le comunicó en su seno el frío que llevaba en el alma. Responde, ¡impura!

—Yo le amaba antes que Ana.

—Y acaso fuistes tú la que... ¡oh! lo conozco en tu rostro, víbora; la que le imbustaba la idea de abandonarla, suponiéndola manchada anteriormente. ¡Tal vez tú protegiste al ladrón de su honra para que después la despreciara, como lo ha hecho!

—¡Fernando por Dios! exclamaba llorando la pobre madre, que se reconocía algo culpable en la última acusación que su marido dirigía á su hija.

—Huye, huye, infeliz, de esta casa, continuó el exacerbado padre; huye con ese hombre tan monstruoso como tú; dignos sois de vivir juntos; lobos serán vuestros hijos, que algún día desgarrarán vuestro corazón como hoy desgarráis el mío. Pero ten entendido que las puertas de mi casa quedan cerradas para tí y para tu descendencia, y que has muerto, completamente muerto para tu padre.

—Ahora, señor Juez, cumpla Vd. con su ministerio. Vamos, Mercedes, nuestra hija ha muerto; solos quedamos los dos en el mundo, solos con nuestros pesares y nuestros recuerdos.

—¡Pero hija mía!—se atrevió á exclamar la pobre madre.

—Te repito que ha muerto, dijo D. Fernando y tomando de un brazo á su esposa, se la llevó á lo más apartado de la casa, mientras Virtudes, libre ya de la presencia de sus padres, se volvió al juez diciéndole:

—Cuando usted guste.

El Juez, aunque con repugnancia, la ofreció el brazo, y momentos después el carruaje los conducía á casa de la amiga de doña Mercedes, que era la indicada para el depósito de Virtudes.

EPÍLOGO

Ha transcurrido un año desde que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de narrar.

En una sala del casino jugaba tranquilo, en apariencia, D. Fernando Oscáriz en unión de varios amigos que desde hacía muchos años formaban el partido que en el casino se conocía con el nombre de *partido de los viejos*.

Sobre las nueve de la noche, un camarero se acercó á D. Fernando, indicándole que una persona deseaba hablarle, y le esperaba en la sala de recibimiento.

D. Fernando pidió permiso para ausentarse brevemente, y fué en busca de la persona que le solicitaba.

Era ésta un criado que le habló casi al oído, y con visible emoción.

D. Fernando, impasible, contestó alejándose:

—Usted está equivocado; yo no conozco á semejante señora. Y volvió á ocupar su puesto en la mesa de tresillo.

Pasaron veinte minutos, al cabo de los cuales volvió á presentarse el mozo diciéndole que una señora le esperaba.

—Que venga aquí, si gusta, contestó D. Fernando; dígame V. que no me muevo de mi sitio.

A poco se presentó en efecto la patrocinadora de los amores de Virtudes, y avanzando hasta la mesa.

—Sr. D. Fernando—le dijo—¿puede Vd. escuchar una palabra?

—Vamos, D. Fernando, sea Vd. galante, le dijeron algunos de sus amigos, y atienda Vd. á D.^a Constanza.

—Señora, puede Vd. decirme en voz alta, y sin cuidado alguno, lo que tenga que participarme.

—Pues bien, Sr. D. Fernando, su hija de Vd. está de parto y su vida en inminente peligro.

Volvióse D. Fernando, y con cierta amarga ironía contestó á su interpelante:

—¡Señora, Vd. chochea! ¡De parto una monja y siendo esta mi hija!

—¡Pero si es Virtudes!

—Virtudes, Virtudes... En efecto, yo tenía una hija que se llamaba Virtudes; pero esa murió hace un año, señora, ¿no ve Vd. aún esta gasa en mi sombrero?

—Señor D. Fernando, le digo á Vd. que Virtudes se muere.

—Y yo le digo á Vd.—replicó D. Fernando dando un puñetazo en la mesa y alzándose lívido y convulso—que los muertos no se levantan. Si ese muerto que Vd. evoca se ha levantado, dígame que se vuelva tranquilo á su sepulcro.

—Piedad para ella, D. Fernando; piedad para su pobre hija—que desea abrazarle antes de morir.

—No tengo más que una hija, señora; retírese usted.

Doña Constanza se retiró gimoteando, y D. Fernando dijo á sus amigos:

—Juguemos, señores.

Dos horas después, salía del casino, y al llegar á la casa donde habitaba Virtudes, situada en paraje por donde irremisiblemente tenía que pasar todos los días, alzó maquinalmente los ojos, y vió la sala principal resplandeciente de luz. Y en medio de seis cirios un catafalco, y sobre él un ataúd, y en el ataúd una forma negra, y dos manos cruzadas y amarillas como la cera, y cerca del fúnebre catafalco arrodillada una mujer, en quien reconoció á su esposa.

Las gentes que al pasar se paraban atraídas por la curiosidad, vieron y contaron que D. Fernando se descubrió, no obstante lo frío de la noche, y de estar cayendo un agua menuda y helada; que inclinó la cabeza y así permaneció como cosa de dos minutos. Después volvió á cubrirse, y siguió tranquilamente su camino.

Había rezado por el alma de la que murió en su corazón hacía un año, y ahora moría para todo el mundo.

Al día siguiente, á la hora de costumbre, estaba sentado en el casino, y jugaba al tresillo como solía desde hacía doce años.

NOVELAS PUBLICADAS

La mujer de dos maridos.—El cuarto de hora de una mujer.—Fanny, historia de un amor desgraciado.—Libia, estrategia de un cazador.—La última carta.

EN PRENSA

La venganza de un torero.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.